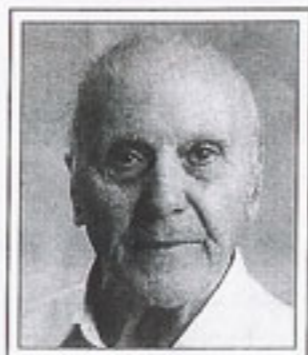


Testigos de los Mártires (IV)

Ramón Fernández Martí



A caba de aparecer su libro "Diario de un soldado español 1936-1939", editado por Ediciones Letra Clara, de Madrid,(1) en cuyo capítulo VII, nos habla de su estancia en el Barbastro desolado de 1937:

"Y me dijo que el edificio donde estábamos acuartelados, hoy requisado por las milicias, era el Seminario de la Orden de San Antonio María Claret, "los claretianos, como aquí decimos".

Y también me dijo que, con todo el disgusto del pueblo, unos milicianos que en agosto del año pasado vinieron de Lérida expresamente para matarlos fueron los

"Lo mismo que han entregado su vida por seguir a Jesucristo los fusilados antes que yo, así moriré yo. Os digo esto para que cuando os toque a vosotros beber este cáliz de fe, lo hagáis alabando a Dios".

que acabaron con más de medio centenar de mártires, entre profesores y seminaristas, y que fueron fusilados en los ribazos de la carretera que va a Selgua. "¡Pobrecillos, si no hacían nada malo! ¡Si no hacían más que estudiar... y no se metían con nadie...! ¡Pobrecillos! Yo conocía a algunos que me venían a comprar. ¡Qué pena!

Ahora ha hecho un año en agosto"....,

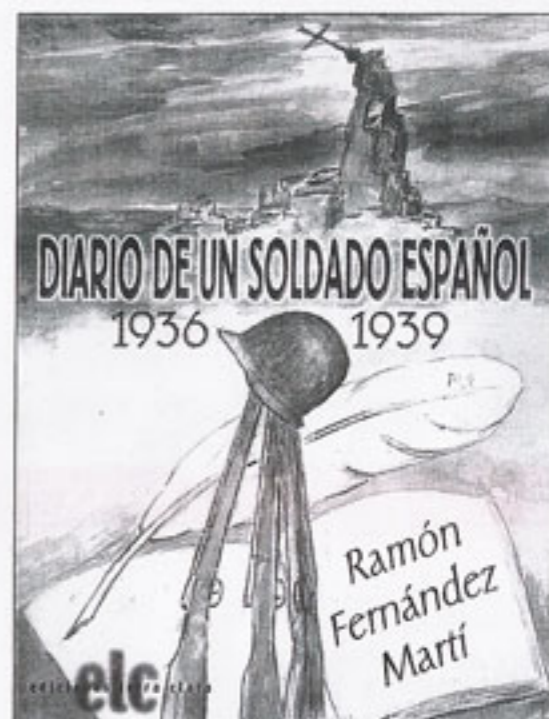
"Yo la aconsejé que no se confiase a nadie como había hecho conmigo. Y como ejemplo le expuse: "Sepa, señora, que si mis compañeros militares sospechasen que yo soy de Acción Católica, me pegarían un tiro en la nuca"

"¡Dios mío! ¡cómo me percaté en seguida de que usted no era un vulgar miliciano, sino un buen hijo de familia!

Arrodíllese -me mandó la señora con respetuoso afecto-, que le voy a bendecir, en el nombre del Señor, para que pronto se vea libre de esta guerra fratricida". Yo me di cuenta de que estábamos solos y me arrodillé invocando al Señor. Al levantarme le di las gracias por su acto de fe besándole la mano. Le aboné el importe de mi compra y, cogiendo el paquete de calcetines, salí de aquel inolvidable comercio con el corazón henchido de felicidad".

"Cuando llegaba al Seminario convertido en cuartel contemplé el edificio de un modo muy distinto al de mi llegada a la ciudad, y me pareció más grande y limpio, pese al mal estado en que se hallaba. Al traspasar la puerta de entrada, un sutil y elevado espíritu de amor y de caridad de Nuestro Señor Jesucristo nimbó todo mi ser y recé en silencio un piadoso "memento" por las víctimas vilmente inmoladas. Porque, en realidad, el suelo que pisaban mis pies era el "relicario de estancia" temporal de muchos mártires que dieron su vida (como me había referido aquella comerciante barbastrense) por no renegar de su fe católica. Porque fueron fusilados en grupos y en varios días para dar lugar al arrepentimiento (sic). Y así como a los sacerdotes profesores los ejecutaron inmediatamente, a los jóvenes seminaristas les preguntaban con anterioridad y varias veces diciéndoles: "Si renuncias en la plaza del pueblo al catolicismo, podrás seguir con nosotros". Y todos, unos antes y otros después, prefirieron entregar su vida a Dios como lo hicieron los profesores"....

"Me levanté muy pronto para asearme, mucho antes del toque de diana, cuando el dormitorio permanecía todavía en un silencio tan sólo turbado por algún ronquido. Y al ir a los lavabos, al pasar por debajo de una escalera que iba al piso superior, en donde había una puertecita auxiliar de entrada a los servicios y duchas, vi que en la parte más cobijada de la pared por la escalera había escritos a lápiz. Antes de leerlos me imaginé



que, como se ve en las paredes de las celdas, y ellos estaban incomunicados, eran mensajes. Acababa de descubrir un tesoro testimonial de aquel reciente martirologio. Eran bastantes escritos de distintas caligrafías y diferentes firmas. Unos eran despedidas alentadoras a los condiscípulos que todavía se quedaban allí, en la espera, por los que ya habían recibido la noticia de su ejecución. "Lo mismo que han entregado su vida por seguir a Jesucristo los fusilados antes que yo, así moriré yo. Os digo esto para que cuando os toque a vosotros beber este cáliz de fe, lo hagáis alabando a Dios y alentando a los que quedan aún vivos, para que ellos sigan también la cadena de martirios con la alegría de ir a la eternidad. No es ninguna pena perder las ilusiones y tierna juventud..., pues vamos a la ¡juventud eterna!".